

dad, que cuanto más los escuchas, más deseos tienes de repetirlos.

Por el contrario, los discos de Venuti, de Grappelly y de sus colegas de instrumento, dado por su virtuosismo, por su forma expresiva inclinada más que nada hacia el jazz blanco, gustan, pero no con la pasión de los antes referidos.

Sí, señores; a pesar de cuanto digan, el saxofón no es un instrumento de sonido desagradable. Lo afirmamos y lo defen-

demo. Pero no por ello, decimos que los demás aparatos de emitir sonidos no son dignos de tener en el diccionario con el nombre de instrumentos musicales.

Pueden gustarnos más o menos. Esto es una opinión particular de cada uno. Pero repetimos, no los descartamos.

Y... cuidado con decir ¡¡Tabú!!.

DUKE

Gerona, Diciembre de 1947.

COLABORACION - CONCURSO

¡Jazz!, ¡¡Jazz!! y ¡¡¡Jazz!!!

¿Por dónde vamos en estos días que no oigamos esta música dinámica cien por cien?

¿Debemos seguir nosotros —los hombres del mañana— las evoluciones de estas notas, que al salir disparadas de los instrumentos lo hacen sabiendo las contorsiones que hará nuestro cuerpo?

¿Quién tiene «jazz»? ¿El que lo ejecuta o el que lo oye? ¿No puede ser que uno se halle en un salón de baile en el que toque una orquesta mala y el que la oye sienta «jazz»? Creo definitivamente que ello es factible, ya que puedo asegurar que yo he sentido «jazz» yendo en un tranvía, al que los diferentes baches de la vía provocaban un ruido que tenía algo de armonía (?) en sí.

Creo que ningún joven moderno puede permanecer impasible en un salón de baile oyendo a un clarinete, por ejemplo,

encaramarse paulatinamente, nota tras nota, hasta llegar a lo inverosímil, a ese «algo» imposible de definir.

El «jazz», a mi pobre entender, es como uno de estos chiquillos mal educados, revoltones, que no han permanecido ni una décima de segundo quietos en su vida. Siempre en movimiento, pero no un movimiento regular, sino de gran irregularidad, que parece que se para y sale con todos sus fueros a por lo rápido, a por lo ultra-rápido,

Claro que estamos bastante influenciados por el cine. Solemos imaginarnos que para tocar «jazz» hay que ir en mangas de camisa o americana muy mal colocada sobre el cuerpo, con tirantes, cuello desabrochado, la corbata bastante distante de donde en realidad debiera estar, haciendo muecas, y tocar los instrumentos como el piano, la guitarra, vibráfono, etc., riendo y con la boca muy abierta.

¿Quién se imagina a una orquesta con los músicos sentados, americana cruzada, músicos bien peinados, y con cor-